

En torno a la teoría política popular de Luis Emilio Recabarren

Around the popular political theory of Luis Emilio Recabarren

Manuel Loyola T.¹

Recibido: 18 de octubre de 2020 · Aceptado: 10 de enero de 2021

Received: october 18, 2019 · Approved: january 10, 2019

Resumen

Nos proponemos identificar y explicar las estructuras eidéticas o nocionales que, de acuerdo a nuestro análisis, se hicieron presentes en la conformación del pensamiento político de Luis Emilio Recabarren, dirigente obrero chileno de comienzos del siglo XX. Echando mano a bibliografía secundaria y a textos de prensa del propio Recabarren, sostenemos que lo principal de su trayectoria social y política estuvo fuertemente influida por una concepción cosmológica-naturalista de evidentes efectos histórico-antropológicos. La comprensión de ello es primordial para un conocimiento más exacto de su desempeño organizacional y político, constituyéndose en una clave fundamental de la cultura política proletaria primigenia.

Palabras clave: Luis Emilio Recabarren, pensamiento social, cultura proletaria, organización obrera

Abstract

We propose to identify and explain the eidetic or notional structures that, according to our analysis, were present in the conformation of the political thought of Luis Emilio Recabarren, a Chilean labour leader at the beginning of the 20th century. Using secondary bibliography and press texts by Recabarren himself, we argue that the main part of his social and political trajectory was strongly influenced by a cosmological-naturalist conception of evident historical-anthropological effects. The understanding of this is essential for a more exact knowledge of his organizational and political performance, constituting a fundamental key of the original proletarian political culture.

Keywords: Luis Emilio Recabarren, social thought, proletarian culture, labour organization.

1 Dr. en Estudios Americanos. Académico Universidad Finis Terrae, Santiago, Chile.
Correo electrónico: mloyola@uft.cl

Introducción

Tal como lo señalamos en otra ocasión (Loyola, 2007), es usual que la producción historiográfica y literaria dedicada a la figura de Luis Emilio Recabarren (LER)² aborde reiteradamente la dimensión pública y periodística: sus empeños organizacionales; sus trabajos por alentar una prensa obrera a lo largo del país; su rol en la fundación y despliegue de los partidos políticos en que participó (Partido Democrático, Partido Obrero Socialista, Partido Comunista); su quehacer en organizaciones gremiales y mutualistas, sus empeños en el arte y la dramaturgia obreras. Así mismo tampoco escapan a la visión de los estudiosos de su obra, la experiencia internacional que le cupo desempeñar a Recabarren en el extranjero (preferentemente Argentina y Europa occidental) en distintas etapas de su actividad política y cómo tales contactos internacionales influyeron en su propia visión de la política y la lucha de los sectores laborales. A la luz de esto, y a fin de evitar incluir bibliografía que, sin perjuicio de su extensión, nada aporta al enfoque que ahora pondremos en ejecución³, es que queremos llamar la atención respecto de la novedad temática que implica este trabajo⁴. Aún la obra de renovación interpretativa que nos dejara Jaime Massardo (2008) -sin duda la biografía intelectual de LER más acabada que se ha escrito hasta ahora- adolece de la integración analítica que aquí sugerimos. Nuestra perspectiva puede sintetizarse de la siguiente forma: el conjunto de la obra intelectual y práctica de Luis Emilio Recabarren (1876-1924) llevada a cabo entre 1898 y 1924, puede sintetizarse en el esfuerzo por impulsar la *Emancipación Económica, Política y Social del Pueblo*, principal cristalización ideológica compartida por la mayor parte de los sectores populares organizados hacia comienzos del siglo XX. En el caso de Recabarren, esta idea de la Emancipación tuvo dos formas complementarias de expresión. Una, de orden discursiva, situada preferentemente en el ámbito de la perspectiva utópica, es decir, de señalización y ofrecimiento de una vida nueva, radicalmente

2 Luis Emilio Recabarren Serrano (1876-1924), obrero tipógrafo y autodidacta, es considerado el exponente máximo en los esfuerzos de organización social y política de los sectores laborales chilenos de inicios del siglo XX. En tal sentido fue un muy destacado líder obrero en especial en las faenas industriales en las regiones del salitre (norte de Chile), además de variados vínculos con ámbitos artesanales, marítimos, fabriles y mineros de otros puntos del país. Conoció de cerca la experiencia del movimiento socialista internacional (Segunda y Tercera Internacionales) viajando a Argentina y Europa, tomando contacto personal con muchos de los personeros de aquellas agrupaciones. En Chile, impulsó el carácter clasista de la primera central de trabajadores (FOCH, Federación Obrera de Chile) y encabezó la organización del Partido Obrero Socialista (1912) y su conversión en Partido Comunista de Chile, en 1922. Se quita la vida en diciembre de 1924.

3 Una de las más recientes compilaciones bibliográficas sobre LER está en (Pinto, 2013, pp. 255-261).

4 Sin pretensión de suficiencia o pedantería, hasta el momento no hemos hallado en nuestro medio acercamientos al estudio de los fundamentos doctrinarios del socialismo de Recabarren. Como se mencionó, la erudita biografía intelectual que llevara a cabo Jaime Massardo, si bien rica en antecedentes sobre los afluentes que conformaron el “imaginario” de LE Recabarren, no ahondó en su análisis buscando establecer en él los evidentes vínculos con el materialismo ontológico del pensamiento socialista europeo de los siglos XVIII y XIX. Lo más cerca a nuestros intereses está en una interesante nota que hace un par de años publicara Israel Pérez Jerez en la revista Aporía. Se trata de un comentario a la reedición del folleto de Recabarren La materia eterna e inteligente (Rumbo Editores, Santiago, 2016). Con un tono que enaltece la calidad intelectual del líder obrero por abocarse a asuntos “tan poco políticos”, Pérez, llama la atención al señalar que “nos encontramos con un libro sumamente interesante que ofrece una visión coherente en términos del orden natural y político, el cual puede ser recomendado para cualquier persona que se interese tanto por la calidad misma de estas ideas, así como por el estudio de pensadores latinoamericanos que dedicaron sus esfuerzos a buscar la verdad en conformidad con los descubrimientos científicos de su época, el uso de la razón e incluso mediante el diálogo y contraste con las afirmaciones bíblicas”. Ver: (Pérez, 2019).

distinta a todo lo experimentado en la historia; y otra, de carácter político-organizacional, de pretensión tópica y de realización perentoria en el aquí y ahora de la realidad vivenciada por los sectores populares del país. De esta suerte, si los fines de las funciones utópico-discursivas se relacionaron con la promesa de superación del orden vigente, por medio de las formulaciones de organicidad política, la Emancipación buscaba revelarse en todo su potencial transformador de la juridicidad y legitimidad en que descansaban las relaciones sociales.

Interesa en esta ocasión detenernos en los aspectos aludidos, pues consideramos que en ellos se dieron cita diversos elementos que, tomados en su conjunto, denotaron la presencia de un importante sentido teórico y concreto acerca de la naturaleza y fines del poder político a partir de una racionalidad absolutamente distinta y contraria a los intereses tradicionales de los grupos dominantes en Chile. Por lo demás, la relevancia del tema a abordar no solo radica en la posible contribución que, a través de éste, podamos hacer a la revaloración de la figura del citado líder obrero, sino que, sobre todo, nos asiste la convicción de que una visión detallada sobre lo que podemos llamar “la teoría del poder político” de Recabarren, representa, en el presente, una sugerente perspectiva de reflexión para nuestras propias circunstancias de ordenamiento de lo político.

Nuestra labor se verificará mediante la consulta de diversos recursos de bibliografía secundaria o impresa, tanto de orden general al tema, como, directamente, de numerosos textos escritos por el propio Recabarren. Queremos de antemano advertir que nuestra exposición girará en torno a una demanda lógica -y no cronológica- inscrita en la propia intención metahistórica de nuestra tarea. No obstante ello, la organización interna de esta propuesta comienza con un panorama sobre el significado e inserción de Recabarren en el ambiente político-intelectual de Chile de inicios del siglo XX. Luego nos adentraremos en algunos aspectos de los fundamentos filosófico-materialistas en que se asentó la propuesta de la Emancipación del Pueblo sustentada por nuestro líder obrero. En tercer lugar, haremos un acercamiento al concepto y rol del sujeto obrero o trabajador como factor renovador de la historia. Concluiremos con una interpretación general del obrar recabarriano y la posible apertura a nuevas incursiones en el examen de su actuación.

Queremos dejar advertido desde la entrada que, por el propósito de este escrito -acercarnos a varios asuntos eidéticos que, estimamos, moldearon y motivaron su quehacer político-, el tratamiento que aquí hacemos mantiene un hilo argumental preferentemente abstracto aunque no hermético ni obstruso. El objetivo que nos propusimos así nos lo demandó, acercamiento que difiere al que regularmente se ha hecho sobre el personaje.

I. *“No somos felices”*

Luis Emilio Recabarren se incorpora a la vida política nacional justo en los instantes en que en el país, o más concretamente, en los ambientes político-intelectuales de Santiago, irrumpía con fuerza el desencanto y la desazón respecto de una realidad social sumida, a su entender, en el marasmo y la ausencia de valores. A despecho de los refinamientos de cierto

“modo de ser aristocrático” (Barros y Vergara, 2016) que daba cuenta del buen pasar de una oligarquía encapsulada en un mundo que no reconocía más verdad que la de los viajes, clubes y eventos, el tono predominante en el discurso de los grupos cultos de fines del siglo pasado y comienzos del presente fue, sin duda, de orden crítico. La notabilidad de este discurso no residió tanto en la novedad del hecho crítico como en la singularidad de que se tratara de un fenómeno que cruzó a todo el espectro ideopolítico de la época, sea de las voces tradicionales como de las emergentes.

Quizás si potenciada por el advenimiento de un nuevo siglo, la tematización de la “crisis integral de Chile”, importó un núcleo de enorme gravitación para los referidos sectores político-intelectuales de la época. La sensación de abatimiento e inconformidad con lo que el país había llegado a ser tras la Guerra del Pacífico y, en particular, después de los sucesos de 1891, movía a señalar, de un modo diverso, lo que se consideraban eran las causas del estancamiento y la frustración, además de prospectar nuevos rumbos para la siempre veleidosa “convivencia nacional”. Algo ocurría, algo o más de algo no había andado bien y era llegado el momento de preguntarse qué había pasado con nuestra sociedad, con sus esperanzas y expectativas después de un siglo de vida independiente. Junto con las interrogantes acerca del tipo de vida republicana, no faltaban tampoco las inquietudes acerca de qué había significado la incorporación de la riqueza salitrera a la vida del país y quiénes efectivamente se habían visto beneficiados con ella (“la maldición del salitre”, Alejandro Venegas); por lo demás, la imagen de sobriedad y puro interés patrio que supuestamente había cimentado en alguna oportunidad al “Estado en forma” sufría los embates del descrédito y la ironía: a la certeza en la corrupción y falta de integridad de la clase gobernante, se añadía su creciente fama de burocracia inepta y carente de ideas. En fin, parecía que la realidad demostraba que no éramos lo que suponíamos ser y una permanente angustia cubría nuestra existencia. Las investigaciones de Francisco de Bèze sobre alcoholismo, delincuencia y suicidio en Chile venían a reforzar la idea de una crisis generalizada que tocaba “al alma del país”.⁵

“Me parece que no somos felices”, señalaba en el 1900 Enrique Mac-Iver, y continuaba: “se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holganza antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha por la vida en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen intranquilidad”. (Subercaseaux, 1988, p. 243).⁶

5 “En 1895, por motivo de embriaguez pasaron por la policía 126.682 personas, casi un 5% del total de la población. Sólo en Santiago existían 3.183 establecimientos que expendían licor y bebidas alcohólicas y en una sola calle, Nataniel, había 227 bodegas y despachos de vino. También se dieron cifras alarmantes respecto a la delincuencia y al suicidio “...tristísima enfermedad - decía Bèze - que parece haberse inoculado en las venas del país...”. Ver: (Subercaseaux, 1988, pp. 243-244).

6 En una visión reciente sobre el período, un autor señaló lo siguiente: “Miedo entendido como aprensión, alarma, incertidumbre, angustia frente al porvenir..., en fin, desaliento, sirve de telón de fondo de la literatura autocrítica que hacia fines (del siglo XIX) y comienzos de siglo aflora una y otra vez hasta culminar en las celebraciones del Centenario”, ver: (Jocelyn-Holt, 1997, p. 197)

El sentimiento de pérdida aparecía aún más impactante en tanto algunos de los portadores del desencanto resultaban ser los mismos que pocos años antes habían celebrado enfervorizados su triunfo sobre la “tiranía de Balmaceda”, jurando emprender la “regeneración moral de Chile”. Para 1894 tal juramento ya era polvo. Francisco Valdés Vergara, reconocido jefe antibalmacedista, así lo evidenciaba: “Duro es confesarlo, pero los hombres que hicimos la revolución con la mejor de las intenciones, hemos causado daños mayores que los bienes prometidos” (Góngora, 1981, p. 30). Años después, otro conspicuo exponente del desencanto sentenciará: “En 1905 éramos más felices que hoy; entonces creíamos en un hombre; ahora ya no creemos en ninguno” (Alberto Edwards, 1912). Según Mario Góngora, ni los encendidos discursos y galas del Centenario, ni las diferentes “acciones correctivas” emprendidas por los gobernantes de aquél entonces, “podía borrar el sentimiento general de decadencia y de impotencia gubernativa” (1981, p. 32). En el plano político, hacia 1915 “la paz veneciana” comenzará a ser alterada por “los primeros síntomas del despertar del electorado”, preámbulo de la anunciación reformista de Alessandri Palma⁷.

El desasosiego hurgó en las causas y formuló sus soluciones. Mientras para unos el problema radicaba en un deterioro esencialmente valórico representado en la “crisis moral de la República”, con sus repercusiones en la descomposición de los partidos, corrupción administrativa y pérdida en la fe pública (Mac-Iver), para otros, lo que sucedía no era sino la manifestación del arribo a una “época inorgánica de la Humanidad” y, por tanto, era necesario avanzar hacia una nueva filosofía unificadora: el positivismo (Lastarria). Por su parte, frente al debilitamiento de la tradición y de la autoridad de los grupos conservadores, la secularización técnico-racionalista y librepensante anunciaba la demiurgia estatista que sobrevendría después de los años 20⁸. Sin embargo, en términos generales, la llamada “literatura de la crisis” ha sintetizado en las críticas de orden nacionalista y social a los principales vectores de orientación del malestar de la época (Gazmuri, 1979). En breve, consignemos que, sin haber puentes cortados entre ambas críticas, la primera de las aludidas centró su argumentación en la inquietud por la existencia misma de la nación, en tanto organicidad provista de una condición vital que, a su juicio, comenzaba a deslizarse rápidamente por la pendiente de la desorganización y disolución final. De esta suerte, Chile asistía al “mal del siglo”, para usar la frase acuñada por Nicolás Palacios, es decir, la fatal conjunción de toda laya de materialismos (nihilismo, socialismo, capitalismo) que solo traían la ruina y la pérdida del sentido nacional. El afianzamiento de la vitalidad esencial de la raza guerrero-gótica de nuestros ancestros (Palacios), unida a una instrucción y economía favorables a la industria y los agentes económicos nacionales, resultaban ser las alternativas que la crítica nacionalista propugnaba para dar a Chile y su pueblo un norte seguro y próspero, acabando con “el retroceso psicológico” que había ido provocando “nuestra inferioridad económica” (Encina).

7 La expresión “paz veneciana” fue usada por Alberto Edwards para caracterizar al “inmovilismo” que en su opinión imperó durante todo el período de la llamada “República parlamentarista” (1891- 1925); ver de este autor: (Edwards, 1982, p. 205 y siguientes).

8 Acerca de los cambios en la mentalidad dirigente, en particular en lo relacionado a las nuevas formulaciones de la actuación estatal como instrumento de crecimiento y de regulación económica y social, ver: (Palma, 1983); (Atria y Tagle, 1991); (Villalobos, 1981).

Si por un lado la crítica nacionalista ubicaba el centro de sus preocupaciones en la indagación del “quebrantamiento de las ideas y sentimientos tradicionales”, por otro, la crítica social, con un estilo alejado de todo apetito teórico, deambuló en la denuncia de una serie de “males sociales” que, en su lectura de la realidad, tenían un origen claro y directo: el derroche y la insensibilidad oligárquicas, cuya conducción del país no había tenido más objetivo que la especulación financiera, el abuso de autoridad y la intriga palaciega.

En los ataques a la “canalla dorada” -y la obra de Alejandro Venegas: *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, es reconocida como paradigmática a este respecto -no hubo tan solo “diatribas” y “odio a la oligarquía”, tal como lo apuntara Góngora (1981, p. 39 y siguientes). Tras ello, una cuestión más de fondo estaba propiciándose: la crítica social conllevaba una intención política de vastas proyecciones, en la medida que la acusación y denuncia del régimen liberal parlamentarista, en virtud de su incapacidad para ofrecer respuestas de integración sistémica a los nuevos actores de los grupos medios y bajos, permitió, con sorprendente rapidez, la articulación de combativos discursos e identidades sociales que reclamaban de un espacio en la política del país. De esta manera, la “crítica social” se constituía como significación interpretativa para una nación que había ganado en complejidad social y cultural y que, por lo mismo, era imposible ya de contener en un marco de relaciones jurídico-políticas que nunca había considerado la existencia de la “ciudad bárbara” (Vicuña Mackenna).

No hay duda que en la base de esta crítica, el tema de la “cuestión social” desempeñó un rol fundamental. Desde los tiempos de la “Sociedad de la Igualdad”, a mediados del siglo XIX, hasta el incipiente sindicalismo de comienzos del siglo XX (mutualismo, sociedades en resistencia, mancomunalismo, gremialismo, etc.), la presencia del “roto” y del “gañán” en el paisaje del bajo pueblo, importó una realidad que paulatinamente hubo de ser reconocida “con horror” por parte de las élites dominantes. ¿En qué radicaba ese horror? Los pobres, esa masa de “gente envilecida”, habían ido con el tiempo acrecentando su problemática visibilidad asechando a la “ciudad patricia”, aquella que Vicuña Mackenna quiso resguardar mediante un camino de cintura. No obstante tal frontera, los signos del asecho irradiaban el temor: los pobres eran el barro, la mugre, los basurales, las acequias putrefactas, la delincuencia, la prostitución, la carencia absoluta de moralidad, en fin, el desorden y la fealdad⁹.

“...en los años 70, los sectores populares - nos indica Romero - ya no eran más los pintorescos y simpáticos ocupantes de la Plaza o las chinganas de la Pampilla. Era un sujeto extraño, ajeno, que ya no participaba más de un mundo común de valores y jerarquías establecidas (...) la unidad está rota y un peligro oscuro e inconmensurable amenaza a la sociedad” (Romero, 2008, p. 174).

9 “Santiago -exponía Vicuña Mackenna a inicios de los años 70 del siglo pasado, es por su topografía...una especie de ciudad doble que tiene, como Pekín, un distrito pacífico y laborioso y otro brutal, desmoralizado, feroz...Barrios existen que en ciertos días, especialmente los domingos y los lunes, son verdaderos adueros de beduinos, en que se ven millares de hombres, mujeres y niños reducidos al último grado de embrutecimiento y de ferocidad, desnudos, ensangrentados, convertidos en verdaderas bestias”, citado por: (Romero, 2008, pp. 171-172).

Superado el “horror”, las décadas posteriores a la Guerra del Pacífico verán aparecer nuevas reacciones y acercamientos de las capas dirigentes hacia el mundo de los pobres. Visiones piadosas, de consuelo, de socorro y asistencia, intentando inculcar moralidad y buenas costumbres: interés predilecto de la filantropía católica y conservadora; visiones de especulación rentística de parte de “inescrupulosos” que, al asumir como un hecho inamovible la presencia del pobre en la ciudad, buscaron hacer “pingües ganancias” con el pavoroso problema habitacional de los recién instalados; visiones “higienistas” de incipientes salubristas que colocaban a Santiago entre “las ciudades más mortíferas del mundo”. En suma, alarma e iniciativas aisladas, inconexas, muy propias de una élite que careció completamente de fórmulas modernizadoras y negociadoras (inclusivas) que permitieran una recomposición consensuada del orden social y político en las primeras décadas del siglo actual.

II. Recabarren, intelectual de la crisis

Hijo de una familia de sectores medios empobrecidos, la vida de Recabarren se despliega en una época -que como ya hemos visto- estuvo marcada por los síntomas de una crisis, pero también por los anuncios de la novedad. En un sentido general, Recabarren también fue parte de las voces críticas del Chile de comienzos de siglo. Su obra *Ricos y Pobres a través de un siglo de vida republicana*, de 1910, es citada como una suerte de clásico dentro de la “literatura de la crisis”, sólo que en este caso se evidencia el rasgo eminentemente heterogéneo que caracterizó a la crítica novecentista.

Mas allá de ciertas sensibilidades compartidas (por ejemplo, las preocupaciones por lo “nacional” o lo “social”) pareciera que entre los autores y publicistas de la crisis no hubo otro punto de identidad que el del *sentimiento de crisis*. De igual manera, la falta de unidad entre ellos también se refleja en la carencia de una idea común acerca del origen de la crisis. Como lo anotáramos más arriba, mientras para unos la raíz del mal que denunciaban radicaba en la decadencia del “ser nacional”, para otros, la negligencia gubernamental, la relajación moral de las clases altas, los problemas de la raza, de la educación o del sistema monetario, constituían, por separado o relacionadas, otras tantas causas de la ruina. Si hay un punto de comunión, ese no tuvo que ver tanto con los contenidos como con la actitud de sinceridad y dolor que, de acuerdo a Gazmuri (1979, p. 11), es posible percibir en el semblante político-emocional que trasuntan los ensayistas de la “literatura de la crisis”.

Ahora bien, Recabarren, y junto con él, otros que lo antecedieron o fueron sus contemporáneos, presentaron también un discurso crítico respecto de la sociedad en que vivían, pero su crítica no era la crisis de su persona ni de lo que representaban. Si para algunos de los ensayistas referidos la tematización de la frustración y el desaliento implicaba el naufragio de todo lo que tenían por verdadero y valioso en relación al país -de ahí la reiterada nostalgia por el Chile de antes de 1870, el Chile portaliano que se volvía a proponer como mito restaurador, para la vertiente socialista, la crítica importó un principio constructor de una nueva realidad, de un proyecto utópico que presentarían no como especulación quimérica, sino como posibilidad histórica necesaria de verificar. Recabarren tiene claro que la tarea a emprender no es fácil ni menos sencilla, no obstante, el

sentido básico de su discurso fue tremendamente optimista; otros podrían quejarse de su tiempo, comprometiendo amargamente el futuro: lo digno y significativo para la nación ya había acontecido y lo venidero, con suerte, sólo traería remedos de una gloria que, o estaba de una vez por todas perdida, o requería de hombres con tales talentos que resultaban muy difícil de encontrar. Recabarren, en cambio, nos ofrece una fe honda y fresca que contrasta con el decadentismo republicano y moral de su tiempo. Ciertamente, él no se siente comprometido con el pasado de la nación: éste ha sido un completo fracaso y nada tiene que reconocerle, y si lo ha de tener en mente, va a ser para catapultar su promesa de renovación. Ese es el país y el tiempo que le interesan: los que vienen -no los que han sido-, los que serán en una época que supone cercana. Por sobre el problema del derrumbe moral de la clase alta, Recabarren representó al vocero de la nueva moralidad social que vendría a recomponer la unidad de la verdad perdida entre tanto engaño y egoísmo: la verdad de la moral proletaria, nacida y alimentada en los afluentes de la razón y los sentimientos.

Acerquémonos a la problemática ideopolítica recabarriana mediante algunas de las preguntas que, a nuestro juicio, nos ilustran con exactitud el dilema que buscó resolver el líder obrero. En torno a estas interrogantes, podremos, a la vez, proponer ciertos aspectos medulares que estuvieron implícitos en su raciocinio político emancipacionista.

En diálogo epistolar con Abdón Díaz¹⁰, a comienzos de 1902, Recabarren se pregunta por las causas que daban existencia a lo que llamó un “anacronismo fenomenal”, expresión por la cual buscó fijar el dato básico que, a su entender, determinaba la realidad histórica del país, a saber, la constatación de la total ausencia de justicia que reinaba en las relaciones sociales, en particular, en el campo de lo económico¹¹. Pues bien, en tanto “anacronismo”, la referida carencia de justicia resultaba una cuestión absolutamente insostenible, sea moral como históricamente; de este modo, era imperioso poner término a esa situación, conclusión que para Recabarren no solo significaba la abolición de un determinado estado de cosas, sino también, la necesaria entrada en vigencia de un nuevo orden social moralmente justo. Entre uno y otro estado, cabían los requerimientos de la acción política revolucionaria de los componentes de la clase trabajadora, la cual, en su actuación, debía ajustarse a un determinado imperativo de orden esencialmente ético.

Como fue dicho, Recabarren se insertó en el ánimo crítico que prevaleció en los círculos políticos y reflexivos de comienzos de siglo, pero lo hizo de un modo significativamente distinto al de sus coetáneos. La distinción en él corrió por cuenta de la propositividad ético-proletaria que fue capaz de exponer en cuanto fundamento de una determinada cosmovisión política del mundo popular de entre siglos y que, en términos de sus manifestaciones más distintivas, dará paso al desarrollo de una cultura obrero-militante o, si se prefiere, a la cultura de la acción política en tanto vivencia de una fe secularizada y una temporalidad escatologizada. Nada de esto hubo en el resto de la intelectualidad crítica.

10 Fundador e inspirador de la Mancomunal de Iquique, origen del mancomunalismo chileno.

11 “Al escribir esto -sostenía Recabarren- me pregunto abismado: ¿cómo es posible que siendo el obrero el que saca de la tierra las más grandes riquezas, sea tan pobre y miserable que muchas veces no tiene un pan para sus hijos? ¿Por qué existe este anacronismo fenomenal?”, en: “Carta, ‘El Trabajo’, Iquique, 23/2/1902, citado en (Devés y Cruzat, 1985, p. 7).

III. La Emancipación del Pueblo y la Ley natural

Otra cuestión que en Recabarren aparece asociada al tema de la “realidad como contrariedad”, según se desprende del punto anterior, es aquella que preguntaba directamente por la situación del hombre en la historia y, en especial, por la condición de éste en el mundo contemporáneo.

En primer término, dejemos en claro que al hablar del hombre, Recabarren hace referencia directa a una noción social del sujeto, es decir, el hombre no es en él la expresión de un ser aislado, física y emocionalmente; al contrario, se trata del hombre socialmente constituido y genéricamente representado, concepto que no obstante su abstracción, no implicó la inhibición de la singularidad histórica del mismo. Por las propias características de su praxis política, este concepto importaba necesariamente una apertura al hombre concreto e históricamente especificado en sectores, grupos o clases sociales. Ahora bien, a este hombre y, en un sentido general, a la humanidad, les acontecía que su vida -presente y pasada- estaba afectada por la carencia absoluta del imperio de la ley natural, fundamento legal considerado por Recabarren como la condición sine qua non para una existencia moral y materialmente buena.

Pues bien, la ausencia del dictado natural, importaba claros efectos prácticos para la existencia de los hombres, es decir, explicaba la presencia entre ellos de los llamados “males sociales”, a saber, el alcoholismo, la prostitución, el abandono o desprotección de niños y mujeres, la ignorancia o “incultura” del pueblo, que lo llevaba a “envilecerse” y dejarse engañar por la oligarquía y, muy especialmente, venía a explicar la expoliación material de unos hombres sobre otros.¹²

Es preciso aquí añadir una explicación del origen de la idea de ley natural en Recabarren. De esta forma, quedará más clara su estrecha relación con la propia perspectiva política y revolucionaria que sustentara. Como hemos indicado en otro lugar (Loyola, 2001), a pesar de que la historia -según la visión de Recabarren- arrojaba que la vida de los hombres poseía una falla decisiva debido a la persistencia en su seno de la inmoralidad, esto en ningún caso dio pie para que él dedujera la total fatalidad de su destino. Antes que ello, la felicidad de los individuos comportó la motivación más manifiesta de su propuesta política. En efecto, si, tal como se ha señalado las realidades acontecidas y actuales en la historia no acusaban sino los funestos síntomas de un proceder humano arbitrario y perverso con relación al bienestar (natural) de los hombres, su “anhelo de mundo” (Devés, 1978), al sostener la conquista de la felicidad como ultimidad en el devenir temporal, hubo de postular, en tanto factor esencial de su identidad, la imagen de una humanidad completamente reconciliada consigo misma bajo el imperio de un nuevo orden, armoniosos, fraternal y justo. Ahora bien, como la felicidad, en términos materia-

12 Grafiquemos con algunas frases de Recabarren el valor determinante que para el destino humano otorgaba a la ley natural: “ Cuando desaparezca este orden social basado en la injusticia, entonces brillará en el cielo de la humanidad redimida el verdadero amor al prójimo que establecerá la igualdad sincera y natural ” (La huelga de Iquique y la teoría de la igualdad); “ Es porque el hombre se ha salido a vivir fuera de la naturaleza la causa porque sufre tan horriblemente ”(Lo que da el Gremialismo); “ Si aprendiéramos a amar la naturaleza, por sobre todas las cosas, en sus formas más superiores, con un claro concepto de la vida natural, nuestros pesares serían menores ” (Desdicha Obrera).

les, no podía sino ser el resultado de la obtención de uno o más bienes que la conformaran, , en el caso de Recabarren la conquista de ella -la felicidad- implicaba la entrada en vigencia en la historia de un nuevo fundamento de Verdad que él consideró como propio o inherente a la naturaleza y su orden, de manera que sólo la consecución y ejercicio de tal tipo de verdad, podía asegurar a los individuos un modo realmente dichoso de existir: “tenemos la convicción -sostenía en 1917- de que solamente cuando la humanidad viva conforme con la Verdad, solamente entonces viviremos llenos de felicidad y goces plenos” (Recabarren, 1971, p. 259).

Ahora bien, hemos dicho que la felicidad apelada por Recabarren correspondía a la Verdad subyacente en la naturaleza y su orden ¿Qué se quiere decir con eso? Fuertemente imbuido en una visión material-evolucionista del mundo, nuestro líder obrero abordará la reflexión política de su tiempo desde tal óptica general, la cual, por inferencia lógica, hizo del referido orden natural el núcleo principal de su análisis social. Aún más, enfrentado a la necesidad de dar expresión concreta a la misma en el terreno de la política obrera, podemos decir que su perspectiva de concreción del principio utópico de la felicidad supuso en su pensamiento un punto de encuentro que, a su entender, debía darse entre la realidad histórica y las “leyes de eterna perfectibilidad de la Naturaleza”. Por cierto, en vistas a este cruce o encuentro, el género humano no podía sino estar destinado (condenado) a llegar a ser feliz.

Es con relación a lo dicho que la categoría de la ley natural, más allá de servirle a Recabarren como recurso retórico en su crítica a la sociedad chilena de comienzos de siglo, importó la disposición de un principio constructor para la proposición de una idea de la política popular donde debían expresarse simultáneamente los valores de la libertad, de la razón y del ideal moral (sentimientos morales). De esta forma, fue en directa relación con los supuestos hipotéticos de la ley natural, que la politicidad obrera debía proporcionar una respuesta global a los problemas del hombre, de manera tal que podemos sostener que fue la esfera de lo político el ámbito predilecto -y sin duda único- de realización histórica del dictado natural. Así, la noción y acción que de ella lograra forjar el proletariado, representaría la posibilidad de la presencia innovadora de éste en una época y sociedad que, a juicio de Recabarren, reclamaban el termino de los males que habían hecho del hombre un ser dominado por la inmoralidad de lo injusto y la esclavitud de su egoísmo. Era ahí entonces donde se jugaba el valor del renovado mensaje ético implícito en la praxis política recabarriana, la cual, en su sentido primordial, buscaba la reconstrucción de la unidad entre la libertad, la razón y la moral. Por ello, el compromiso ético de la victoria del bien sobre el mal se identificaba necesariamente con el compromiso político de la transformación de la sociedad. La política, pues, establecía la moral y ésta, a su vez, reconstituía a la política. En síntesis, la relación o contrapunto que él estableció entre ley natural y política (historia), le permitió disponer, de una parte, de un esquema omnicompreensivo de la realidad de su época, esquema de estructura dicotómica, donde el bien y el mal devenían de cuan natural o antinatural fuesen tenidos los actos y fines practicados por los hombres y, de otra, un concepto de lo político como perspectiva de un deber ser del hombre y la sociedad.

De un modo más preciso, la centralidad que a mi entender adquirió la idea de ley natural en el pensamiento político de Recabarren, se debió al hecho que en torno a ella se articularon las dos dimensiones básicas de toda su actuación pública, a saber,

- a) La ley natural como representación racional-fideísta de un cierto orden universal y antropológico esencialmente bueno, perfecto y deseable (moral) y que, en cuanto tal, se justifica a sí mismo (teodicea secular).
- b) La ley natural como principio utópico dimanador de la política obrera. En esta perspectiva, la norma natural expresa tanto una visión crítica del conjunto de la temporalidad humana, como la posibilidad de la experiencia salvífica de la humanidad como manifestación de la libertad del ser humano. El hombre es considerado exponente y constructor de la promesa salvífica, de ahí que su misión como sujeto ético sea la de propender a la permanente remodelación de una sociedad cuyo norte debía ser la perfección moral.

IV. El trabajador como artífice de la emancipación

La vigencia de la ley natural en la sociedad, tal como se ha reseñado, era una promesa. El hombre no había vivido nunca bajo su imperio y la posibilidad que así fuera era una circunstancia a verificar en el futuro. De esta suerte, el fin último de la ley natural y aun su contenido, no fueron indicaciones que Recabarren se haya preocupado de caracterizar como proyección de una sociedad ideal. Manteniéndose al margen de ello, la señalización de los beneficios que reportaría la vigencia del orden natural en la historia quedaron, más bien, propuestos como referencias para el impulso de una **praxis de realización utópica** que es posible reconocer en el concepto de la Emancipación Social, Política y Económica del Pueblo. Fijemos, en lo que sigue, algunos de los puntos que estimamos pueden ser tenidos como factores primordiales (aunque no únicos) de la dicha praxis y sus efectos para con la Emancipación del Pueblo. Procederemos mediante una secuencia que busquemos tenga un orden lógico en nuestro afán por desentrañar los rasgos eidéticos fundamentales del pensar y hacer recabarriano.

1. El principio constructivo que sustentaba (fundamentaba) la aparición de una racionalidad política obrera en el contexto de la “sociedad burguesa” prevaleciente en el país y, por tanto, que también venía a explicar la propia actuación política de Recabarren, era la constatación de lo que Recabarren llamó “un anacronismo fenomenal”, esto era, la división de la sociedad entre ricos y pobres, dicotomía donde el primero de los factores se constituía en el concepto determinante del segundo: los pobres son pobres en cuanto hay quienes así lo han querido o, si se prefiere, los ricos deben su situación a la imposición de una voluntad egoísta que los define como ricos. De ahí que el objetivo esencial de la política popular señalado por Recabarren sea el de la Justicia en su sentido distributivo. Este elemento, el de la justicia, aparece como el centro en torno al cual giran todos los componentes de su imaginario socialista, y el estado de armonía y nivelación de las condiciones sociales (Proudhon), representaba su *bonum maximum*.
2. Ahora bien, de la constatación empírica de la dicotomía ricos y pobres a la indicación del objeto justiciero de la política popular, hay ciertamente un trecho que salvar de enorme importancia. La vivencia de la miseria de los trabajadores podía enseñarnos

un panorama variado de la injusticia imperante, pero en ningún caso bastaba para provocar la respuesta modificatoria en el plano de las relaciones sociales. Implícita o intuitivamente, Recabarren se percató claramente de este hecho pues no en vano dirigió buena parte de sus esfuerzos para que los afectados por el egoísmo de los ricos adquirieran una cabal comprensión de su situación. El problema de la pobreza, o mejor dicho, la posibilidad de su eliminación, radicaba en el mismo sujeto pobre, puesto que de los ricos nada se podía esperar. Condición inicial e indispensable para avanzar en la superación de este estado social era que el pobre, más allá de sus padecimientos, lograra reconocerse como explotado; de la categoría pasiva, únicamente sufriente y anómica de pobre, pasara a la activa, militante e identitaria categoría de explotado. La obtención y propagación de este status de individuación social y económica entre las víctimas de la sociedad burguesa permitiría la novedad histórica de construcción de una fuerza y de un proyecto colectivo expuesto en la idea de *la emancipación social, económica y política del pueblo*.

3. La transformación del estado social del pobre, y con ello, la del conjunto de la sociedad, importaba, como hemos reseñado, la politización del pobre y la pobreza en una perspectiva emancipadora. Hasta aquí el problema de unir la realidad con la abstracción de la finalidad política propuesta por Recabarren -el bien moral de la Justicia- quedó formal y lógicamente resuelto a través de la necesidad de adoptar la perspectiva interpretativa del orden social vigente desde la “racionalidad proletaria” (del obrero explotado). Sin embargo, ¿cómo se podía verificar materialmente la secuencia que comenzando en la pobreza debía culminar con el obrero consciente y organizado?, ¿cómo se pasaría históricamente de la condición de “paria” a la de trabajador emancipado? Advirtamos que este paso implicaba ni más ni menos que la modificación sustancial de la sociedad burguesa.

El imperativo práctico en este caso significó, a mi entender, el despliegue del carácter fundamental de Recabarren en toda su vida política, a saber, su condición de sujeto emprendedor, de profeta y apóstol de la misión histórico-universal de redención de los oprimidos, portador de una fe inquebrantable en la felicidad humana basada en la razón y la ley natural. En síntesis, la acción práctica en aras de la emancipación no era sino la búsqueda denodada de la reinstalación en la historia de ambos requerimientos de la felicidad y los medios más adecuados para tal fin eran los de la “ilustración” de los obreros.

4. La ilustración de los obreros, su instrucción, su capacidad de discernimiento permanente acerca de lo bueno y lo malo, en fin, la necesidad imperiosa de que reconociera la inmanencia de su dignidad en tanto artífice de toda riqueza material y hacedor de la sociedad moderna, hizo de Recabarren la figura demiúrgica del guía, del maestro, del pedagogo que siente y lleva adelante la gran misión liberadora de un pueblo que debe sus cadenas antes que nada a su ignorancia, a su tendencia por dejarse engañar, a su falta de fe en sí mismo, a la manía de escabullirse en los vicios, a su falta de entereza moral. La burguesía podía ser criminal y explotadora, pero con ello no hacía más que responder a su condición natural, a su absoluta falta de moralidad. En este sentido, la sociedad burguesa, sus gobiernos, su prensa, su clerecía, sus ejércitos, no eran ni más ni menos lo que

les correspondía ser en función de proteger y acrecentar sus intereses. Pero el obrero, el explotado, el desheredado, ¿en razón de qué tenía que seguir aceptando las condiciones de esa sociedad que lo marginaba de todo beneficio real?; ¿no era acaso evidente para la razón y el sano juicio de cualquiera que era él, con su esfuerzo y trabajo, el que generaba y sostenía todas las muestras de poder y avance de la sociedad en que vivía, de toda riqueza y toda belleza ahí presentes? ¿cómo era posible ese “anacronismo fenomenal”, que siendo el obrero el sujeto de toda riqueza no le correspondieran sino migajas de ella? Este sinsentido, por justicia y por obviedad racional, había que corregirlo, pero esta tarea demandaba, en primer lugar, corregir a los que debían hacerlo.

Al leer las definiciones que Recabarren daba acerca del rol y los procedimientos que debían ejercitarse por parte de la prensa obrera, la labor de sus partidos y organizaciones gremiales o la acción de los parlamentarios y dirigentes populares, veremos que en ellas siempre está la indicación fundamental de servir de medios y ejemplos para la educación del proletariado, para la habilitación moral, formal, técnica y política de ellos. El trabajador tenía que alfabetizarse y acrecentar su instrucción técnico-laboral, pero a la vez, tenía que dignificar su persona, adquirir comprensión de su ubicación social, económica y política, moralizar su conducta pública y privada, en síntesis, hacerse valer, cobrar independencia y desplegar todo su potencial humano y político. Este hecho marcaría el advenimiento de la nueva sociedad moderna e igualitaria, el reinado de la razón y el sentimiento, la vuelta de los hombres a la ley natural.

5. La convicción en el potencial revolucionario de la época, en virtud de las verdades incontestables brindadas por las modernas ciencias sociales (sociología y economía), más “ la sed y hambre de justicia” reclamadas por la clase trabajadora a raíz de la experimentación directa de la explotación (el empirismo de la injusticia; la conjunción de lo general abstracto con lo particular histórico), hicieron que la política popular de Recabarren no reconociera más sujeto de la misma que el propio sector obrero. Vino a reforzar este exclusivismo la evaluación que realizó de los resultados arrojados -desde el punto de vista de los intereses del pueblo pobre -por las iniciativas de apoyo electoral a candidatos al Parlamento y Municipios que no pertenecían a las filas del Partido Democrático. Los acuerdos y alianzas con liberales o radicales generaban beneficios sólo para ellos, postergando y frustrando las aspiraciones de los obreros y militantes demócratas. Por tanto, había razones teóricas, pero también hechos concretos, que avalaban la plena autonomía política de las clases asalariadas, independencia que debía expresarse tanto en el plano de lo electoral, como en el desarrollo e imposición de sus valores y objetivos sociales. Así, había llegado el momento de romper con los representantes de la burguesía; señalar claramente la división entre ricos y pobres, entre explotados y explotadores. No proceder de esta forma, implicaba la mantención del silencio obrero, la permanencia de éste en la ignorancia, la continuidad de su prostitución como ciudadano, la imposibilidad de que pudiese, de una por todas, asumirse moral y políticamente en tanto su liberación, su emancipación, no podía sino ser obra de él mismo.

Conclusiones

Nuestra preocupación, a lo largo de estas páginas ha estado centrada en proponer y justificar aquellos aspectos del pensamiento de LER que nos han resultado como los más decisivos para una mejor aprehensión del mismo. En breve, en un par de formulaciones, estos aspectos fueron, de un lado, los de visualización de una cosmología y una antropología regidas por los fines del perfeccionamiento y el constante bienestar (felicidad) y, de otro, la prospección de una teoría política de base social obrera de alcances generales (el proyecto de la Emancipación del Pueblo) en calidad de propuesta articuladora y materializante de los fines de la perfectibilidad en la historia.

Tal vez si nos quede pendiente dar un paso más en nuestra tarea y adentrarnos en la expresión de un estadio más explícito de concreción de la eidética política de Recabarren: su idea de socialismo y su eventual incidencia en el nuevo ordenamiento institucional y constitucional que comenzaba a tener lugar en el Chile de las primeras décadas del siglo XX. No obstante ello, estimamos adecuado concluir trayendo a colación algunas referencias que, provenientes del terreno del pensamiento latinoamericano, nos ayudan a otorgar más comprensión a lo hecho aquí.

Siguiendo a algunos autores, podemos señalar que uno de los elementos que caracterizan el pensar filosófico regional, es el de la existencia de una patente voluntad de constitución cosmológica en virtud de la cual se ha querido dar respuestas de sentido a una presencia que se percibe precaria e insegura. “Se podría sostener -nos expone C. Ossandón- que la ausencia de mundo, su precariedad o rotura, la desorientación que causa la inexistencia de dioses compartidos o legitimados...constituyen fuentes de inspiración y desasosiego importantes en América Latina”. De este modo, “el deseo de mundo o la necesidad de volverlo a construir, así como la discusión sobre sus bases, principios o métodos, cruza parte importante de nuestra historia cultural” (Ossandón, 1992, pp. 119-120).

Tomando en cuenta este elemento, hemos expuesto que el problema a que se vio expuesto Recabarren acerca de hallar un sustento satisfactorio a la problemática del cambio social, encontró respuesta en el campo del evolucionismo materialista del siglo XIX, una de cuyas variantes -en particular la del médico cubano-español Enrique Lleria- fue la propuesta del incesante movimiento de progreso de la materia (naturaleza) y sus implicancias para la historia humana.

Sin embargo, si bien con ello podía tener respuesta al problema en el plano especulativo, era claro que los buscados efectos políticos demandaron, a su vez, de otras perspectivas complementarias a fin de que concitaran el interés de quienes debían encarnar la anhelada transformación: la clase trabajadora. A este respecto, Recabarren hubo de recurrir, según lo consignamos, a una determinada invocación utópica, ámbito donde, de común, se formulan las condiciones y contenidos de una vida otra, de un vivir mejor. Pero que en su discurso público este tipo de perspectiva ocupara un lugar sobresaliente, ello, en caso alguno supuso que la ideación organizacional y de actuación popular concernidos en la Emancipación del pueblo, fuesen vectores carentes de inserción real en la vida social de la época. Al contrario, su constante tarea en el levantamiento de entidades sociales, económicas, culturales, políticas, sanitarias, alimentarias, comunicacionales, etc., nos ofrecen un panorama altamente concreto de

su verbo. Es más, su perspectiva utópica y su praxis de realización, si bien compartió diversos signos del imaginario libertario y antioligárquico de su época, no dejó de representar una modalidad peculiar en el impulso de la politización popular.

Bibliografía consultada

Obras de Luis Emilio Recabarren

- “Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana” (1910) en *Obras Escogidas de Luis Emilio Recabarren*, Tomo 1, Edit. Recabarren, Santiago, 1965.
- “La huelga de Iquique. La teoría de la igualdad” (1910), en Julio César Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale, *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, Quimantú, 1971
- “¿Qué es el socialismo?” (1912), en Julio César Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale, *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, Quimantú, 1971.
- “Patria y patriotismo” (1914), en *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 1, Santiago, Austral, 1971
- “La materia eterna e inteligente” (1917), en *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 2, Santiago, Austral, 1971.
- “Lo que puede hacer la municipalidad en manos del pueblo inteligente” (1917) *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 2, Santiago, Austral, 1971.
- “Los albores de la revolución social en Chile” (1921), en *Obras Escogidas de Luis Emilio Recabarren*, Tomo 1, Edit. Recabarren, Santiago, 1965.
- “¿Qué queremos federados y socialistas? Proyecto de Constitución para la República Federal Socialista de Chile” (1921), en *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 1, Santiago, Austral, 1971.
- “La Federación Obrera de Chile y los beneficios inmediatos del gremialismo” (1921), en *El pensamiento de Luis Emilio Recabarren*, tomo 1, Santiago, Austral, 1971.
- “La Rusia obrera y campesina” (1923) en *Obras Escogidas de Luis Emilio Recabarren*, Tomo 1, Edit. Recabarren, Santiago, 1965.
- *Escritos de Prensa de Luis Emilio Recabarren*: Devés, Eduardo y Cruzat, Ximena, 4 tomos, Santiago, Nuestra América – Terra Nova, 1985-1987.

Textos sobre LE Recabarren

- Barros Lazaeta, Luis y Vergara Johnson, Ximena; *El Modo de ser Aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978, Ariadna Ediciones, 2006
- Eduardo Devés, *La Praxis y la temporalidad latinoamericana a la luz de Luis Emilio Recabarren*. Universidad Católica de Lovaina, Lovaina, 1978

- Loyola, Manuel, “Notas para una comprensión del pensamiento político de Luis Emilio Recabarren, en Sergio Grez (editor) *Espacio de convergencia. Primer y Segundo Encuentro de Estudios Humanísticos para intelectuales jóvenes*, Santiago, Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, 2001
- Manuel Loyola, *La felicidad y la política en Luis Emilio Recabarren. Ensayo de interpretación de su pensamiento*, Ariadna Ediciones, Santiago, 2007
- Pinto V., Julio, *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*, LOM, Santiago, 2013, pp. 255-261

Obras generales

- Atria, Raúl y Tagle, Matías, Editores; *Estado y Política en Chile*, CPU, Santiago, 1991
- Barros Lazaeta, Luis y Vergara Johnson, Ximena; *El Modo de ser Aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900*, Ediciones Aconcagua, Santiago, 1978, Ariadna Ediciones, 2006
- Edwards, Alberto, *La Fronda Aristocrática en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1982
- Enrique Mac-Iver, Enrique “Discurso sobre la crisis moral de la República”, en Suberca-seaux, Bernardo, *Fin de Siglo. La Época de Balmaceda*, Editorial Aconcagua, Santiago, 1988
- Góngora, Mario; *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981
- Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo; *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*, Ariel, Bs. Aires, 1997
- Ossandón, Carlos, “Sarmiento o la modernidad radical”, en *Mapocho*, 31, Santiago, 1992
- Palma, Gabriel; “Chile 1914-1935: De economía exportadora a sustitutiva de importaciones”, *Revista Nueva Historia*, año 2, 7, Londres 1983
- Pérez Jerez, Israel, “Recabarren, Luis Emilio, *La Materia eterna e inteligente*”, en *Aporía*, 17, Revista Internacional de Investigaciones Filosóficas, P. Universidad católica de Chile, Santiago, pp.69-75 Consultado en <http://ojs.uc.cl/index.php/aporia/article/view/1593/1623>
- Romero, Luis Alberto; *¿Qué Hacer con los Pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895*, Editorial Sudamericana, Bs. Aires, 1997; Ariadna Ediciones, Santiago, 2008
- Suberca-seaux, Bernardo, *Fin de Siglo. La Época de Balmaceda*, Editorial Aconcagua, Santiago, 1988
- Villalobos R. Sergio, *Los Comienzos de la historiografía económica de Chile, 1862-1940*, Consejo de Rectores, 37, Santiago, 1981.